

nunca ha sido tan grande como á fines del siglo xvii y á principios del xviii. Por fortuna esta corrupcion no era en general, y aún en el período citado no faltaban en todas las clases de la sociedad alemana mujeres casadas y solteras que no hacian concesiones ni á Monsieur ni á Madame A-la-mode, sino que conservaban fielmente las buenas tradiciones de la familia



TRAJE DE CORTE

alemana, cumplian concienzudamente sus deberes como hijas, esposas y madres, y mostraban interés y actividad en objetos más elevados, en los asuntos religiosos y políticos, en el progreso de la literatura y el arte. Obraríamos con sobrada preocupacion é injusticia si quisieramos atribuir á una ú otra confesion religiosa la conducta de estas dignas depositarias de la moral y de las nobles ideas; así las mujeres católicas como las protestantes, las plebeyas como las nobles, merecen por igual estos elogios.

No abandonamos pues la época de la Reforma sin habernos consignado un hecho consolador en la historia de las costumbres. Por lo demás, poco ó nada se nota en el tránsito de la época de la Reforma á los tiempos modernos que pueda satisfacernos. El imperio decaído, los Estados grandes y pequeños más ó menos consolidados, los labradores esclavizados, los ciudadanos presa de la indiferencia, la nobleza trasformada en cortesana ó rural, los príncipes afrancesados, el catolicismo falsificado por los jesuitas,

el protestantismo petrificado por el dogma, la lengua mutilada, la literatura desnaturalizada por el gusto extranjero, el arte degenerado: tal era el estado de Alemania en el tránsito de la época de la ortodoxia á la de los tiempos modernos.

Necesitábase gran perseverancia para elevar de nuevo á nuestro pueblo á la altura de una nacion, para convertirlo en un Estado. La cuarta parte de este libro demostrará cómo y por quién se realizó este trabajo

EDAD MODERNA

I

EL GENIO DE LOS TIEMPOS MODERNOS



Si consideramos la época de la Reforma como el puente por el cual la civilizacion europea pasó de la Edad media á los tiempos modernos, la relacion que aquella guarda con estos y sus especiales contrastes pueden caracterizarse del modo siguiente: fe y ciencia, fantasía y estudio, romanticismo y buen sentido, espíritu y materia, orden jerárquico y humanismo. En estos contrastes está fundado el modo de ser de la época moderna. El desarrollo de la sociedad humana no se verifica, segun hasta aquí se ha pretendido con arreglo á leyes imaginarias, sino segun las leyes de la naturaleza y segun los decretos de la razon humana correspondientes á ellas.

No se necesita probar por ningun concepto el progreso que esta nueva direccion señala comparada con la que prevaleció durante la Edad media. Desde el momento en que los hombres más ilustres de la humanidad, es decir, sus grandes pensadores y sus perseverantes investigadores, comenzaron á reemplazar la ciega fe con la ciencia positiva, desde el instante en que examinaron críticamente y sin preocupacion los dogmas y la tradicion, de entónces, repetimos, data la paulatina emancipacion de nuestra sociedad, agobiada por la tiranía de jerárquica tutela.

En la Edad media la existencia trascurrió limitada por los muros de la iglesia; desde su nacimiento hasta su muerte el hombre sólo tuvo facultad de moverse hasta donde se lo permiti-

tian las cadenas de hierro de los preceptos eclesiásticos. Todo aquel que trataba de romperlas, ó que abrigaba sólo la intencion de hacerlo, era aniquilado sin piedad. Es cierto, segun ya hemos visto, que precisamente tal sujecion produjo bien presto rudos combates; pero en la Edad media y aún en la misma época de la Reforma, esta resistencia habia sido esencialmente religiosa. Por consiguiente, la Reforma eclesiástica del siglo xvi sólo habia cambiado las formas de la tutela jerárquica, conservando su esencia. Y la razon de esto salta á la vista: si bien Lutero y los demás reformadores plantearon el principio de la libertad de conciencia y de exámen, resultado lógico de aquella, en cambio negaron y rechazaron en realidad este principio «protestante,» tan luégo como sujetaron la libertad de pensar y examinar á la «letra bíblica.» Por esto pues, el teologismo protestante no supo contribuir al mayor desarrollo de la sociedad, ni por lo tanto al de nuestro pueblo.

En la tercera parte de esta obra se ha demostrado de evidente modo, y sólo la ignorancia y la parcialidad pueden negarlo, que la mejora en las costumbres atribuida á la Reforma es una frase vacía de sentido, frase desmentida en todas partes por los hechos; pues en los siglos xvi y xvii la supersticion estaba tan arraigada en las regiones protestantes de nuestro país como en las católicas, y en las cortes protestantes se hacia quizás mayor alarde de lujuria, crápula y disipacion que en las católicas.

Ni aún la ignorancia y la parcialidad se atreverán á negar que el protestantismo tenia que oponer á la nueva luz de los tiempos modernos una fuerza de oposicion mucho más débil que el catolicismo. Este disponia de una organizacion y de una disciplina, tan propias para la defensa como para el ataque. Además, la Iglesia católica no entendia en esos escrúpulos de que á veces se sentian sobrecogidas las confesiones protestantes, al recordar que en rigor tenian su origen en el principio de la libertad. Por eso el protestantismo al combatir las nuevas teorías nacidas con él, era presa de vacilaciones que lo obligaban á ciertos compromisos, miéntras que el catolicismo se hallaba desligado de ellos. Esta circunstancia explica por qué el genio de los tiempos modernos, que á pesar del teologismo se manifestaba en súbitas apariciones, pudiera introducirse con mayor facilidad y rapidez en las poblaciones protestantes de nuestro país que en las católicas.

Entre las manifestaciones del genio moderno y entre las nuevas fuerzas ideales y materiales de la vida, hay que incluir el humanismo, cuyos principios tendian á prestar un carácter mundano y puramente racional á las opiniones y sentimientos; despues el estudio ampliado de la geografía que con el horizonte físico del hombre ensanchaba tambien el moral; que por medio de la importacion de nuevas plantas alimenticias enriquecia la agricultura, y que con la abundancia de los metales preciosos de América fecundaba la actividad de la industria y del comercio europeos. El admirable progreso de las ciencias naturales y por fin la existencia y preponderancia de la conciencia política moderna señalaron nuevos derroteros al espíritu moderno.

El teologismo, así católico como luterano, tenia justa razon para oponerse con todas sus fuerzas y recursos á esa revolucion que experimentaban las ciencias naturales y físicas gracias á los esfuerzos de Koperniko, Kleper y Galileo que demostraron era el Sol centro de nuestro sistema planetario y sustituyeron la idea del Universo geo-céntrico de la Edad media con la del helio-céntrico. Desde que nuestro reducido planeta ha cesado de considerarse como centro inmóvil

del Universo, desde que gira alrededor del Sol, la falsa suposicion hasta entónces sustentada, ha desaparecido de la mente de los hombres pensadores, es decir, de una reducida minoría de la humanidad. En aquella falsa creencia, empero, se fundaba todo el edificio de los antiguos dogmas, edificio suspendido en los aires desde la hora en que se le quitó la base. Al par que este descalabro, el jerarquismo recibia otra grave sacudida por parte de las modernas ideas políticas, consecuencia lógica de las que sustentaban los pensadores reducidas á su realidad positiva. Reconocióse, si bien no en alta voz, que los Estados debian depender y gobernarse en adelante, no segun los principios religiosos, sino por los políticos. No se negaba la existencia mas allá de la muerte, pero se hacia de la vida terrestre el principal objeto de los cuidados de un gobierno, fundados en las necesidades y exigencias de la realidad. Esto precisamente caracterizó á la idea política moderna y por lo pronto se realizó bajo la forma del despotismo de los príncipes, del poder real absoluto. Por uno de esos magníficos contrastes, no excepcionales en esa tragedia llamada Historia Universal, un cardenal de la Iglesia romana, Richelieu, debia ser el hombre que por primera vez hizo de la moderna idea política un sistema de gobierno. Richelieu fué uno de aquellos hombres que el acaso depara cuando son más necesarios. Creó el absolutismo monárquico que allí donde llegó en Europa á su perfecta manifestacion y á su actividad libre, se presentó como un progreso indisputable, como un poderoso elemento de la civilizacion. Era un monstruo que devoraba centenares de alimañas feudales y jerárquicas. Pero hay que reconocerlo; concluyó con la anarquía de la nobleza, obligó á la Iglesia á reconocer la superioridad de la idea política y creó el orden que es la primera exigencia de los Estados civilizados. Este sistema que, dada la naturaleza de los hombres, no es posible sin una organizacion vigorosa y severa de la policía, hacia posible la agricultura y facilitaba la prosperidad de la industria y del comercio. La agricultura mejorada, la industria multiplicada y el comercio en mayor escala, eran fuentes de bienestar y de riqueza. Y esta á su vez alentaba y recompensaba la actividad científica y artística. Las invenciones de los sabios y las creaciones de los artistas ensanchaban más y más la órbita de la instruccion, sembrando de continuo nuevos gérmenes intelectuales que más tarde brotaban, y robustecian las fuerzas progresivas de la sociedad europea.

Así considerado, el absolutismo de los príncipes del siglo xviii se nos presenta como el precursor eficaz y necesario de la democracia moderna; y si examinamos más de cerca las relaciones que existen entre ésta y aquél, nos confirmarán de nuevo en la antigua verdad de que esos eternos viajeros del tiempo, hombres y pueblos, no pueden dejar de recorrer una sola de las etapas que en su camino tienen fatalmente marcadas. Por lo tanto, el desarrollo del absolutismo no era en sí una desgracia para Alemania, por más que lo fuera la circunstancia de que el «monstruo no llegase entre nosotros á su completo desarrollo, ya que atendida nuestra crónica enfermedad, la division del imperio en multitud de pequeños Estados, dió vida á las rapaces «alimañas» que con frecuencia obraron del modo más escandaloso; precisamente porque se habian propuesto competir con él. De gran importancia fué para el porvenir de nuestra patria que en el Norte del mismo los Hohenzollern fundaran un Estado, el cual, gracias á las hazañas del Gran Elector en paz y en guerra, iban sin duda á desarrollar hasta convertir en gran potencia y hacer predominar en Alemania el poder real absoluto. El 18 de enero de 1701,